

rias del soberano (téngase en cuenta que Luben presentó su proyecto en el mismo año en que se verificó la coronación del rey), sino también iniciar un importante progreso desde el punto de vista del aumento, vigorización y progreso de la clase agrícola prusiana.

Federico I aceptó con entusiasmo el plan de Luben, sin que se sepa cuál fué el punto de vista que más influyó en su ánimo, y durante todo su reinado se trabajó para llevarlo a la práctica, al principio con éxito al parecer bueno, pero después con resultados que no correspondieron a las esperanzas concebidas, lo cual fué debido á que tan difícil obra se precipitó un tanto y se puso en planta sin la preparación y el cálculo necesarios.

La oposición de las antiguas autoridades administrativas, especialmente de las cámaras oficiales, que en su mayoría desaprobaban el nuevo sistema y preferían el tradicional arrendamiento temporal, fué sofocada por medio de severas medidas, pero no por esto dificultó menos los trabajos de ejecución, no faltando en tales circunstancias ocasiones para el soborno que fueron á menudo aprovechadas. Una buena parte de las ventajas conseguidas, especialmente los derechos satisfechos por los enfiteutas nuevamente instituidos y las fianzas por ellos constituidas fueron devoradas por las insaciables necesidades de la corte, y el conde Wittgenstein, que era á la vez director general de bienes del Estado y, como gran mariscal, administrador de la caja de la corte, utilizó su doble cargo para cuidar en primer término de los intereses de esta última sin orden ni intervención de ninguna especie.

Poco á poco aparecieron los inconvenientes del sistema: en muchos puntos, los enfiteutas dejaron de pagar lo que debían; consecuencia de que al proceder á la distribución de las parcelas no se investigó bastante hasta qué punto merecían confianza los que pretendieron obtenerlas. En otros lugares surgieron nuevas dificultades y muy pronto la confusión fué general y nació el descontento de las dos partes interesadas, ninguna de las cuales se halló bien con el nuevo estado de cosas. La reforma empezada no dió los resultados que se esperaban y ni siquiera pudo llevarse adelante la liberación de los labradores.

A todo esto agregábase la consideración por muchos manifestada de que el Estado, al renunciar con el sistema de parcelas y de enfiteutas á la libre disposición de sus bienes, se privaba de uno de sus más importantes recursos económicos y se despojaba de las ventajas que era de suponer había de reportar algún día el aumento del valor de las propiedades.

De esta opinión fué el joven príncipe heredero Federico Guillermo: su modo de pensar, que desde edad muy temprana le había hecho interesarse por el mejoramiento económico y por la reducción financiera (1), oponíase de antemano á que el rey se desprendiera para siempre de la libertad de disponer de la gran masa de bienes que le correspondían. En su sentir, la monarquía debía seguir siendo una potencia administrativa independiente dentro del Estado, y aferrado á esta idea uniéndose á los enemigos de la reforma de Luben, gracias á lo cual produjose en los años 1710 y 1711 un cambio decisivo, abriéndose paso cada vez más la opinión de que la experiencia de las enfiteutas había fracasado y de que era

(1) Es digno de notarse que el príncipe heredero, que solo contaba veintitres años, ya en el verano de 1711, cuando durante el viaje del rey á Holanda quedó en Berlín al frente de los negocios del Estado, hablara en todas sus cartas á su padre de que «la constitución interior no estaba á la altura de las actuales circunstancias,» y de su «deseo de que hubiera una constitución interior más aceptable.» Véanse estas cartas en Droysen, tomo IV, pág. 291.

preciso volver al antiguo sistema de los arrendamientos temporales. Con ello coincidió la caída de los dos jefes del gobierno á quienes correspondía en primer término la responsabilidad de la operación fracasada, y apenas se comenzó la investigación, convencieronse los que la llevaron á cabo de que en las más elevadas esferas de la administración habían entrado la mala fe, el desorden y el egoísmo. Causó penosísima impresión, entre otros, el siguiente descubrimiento flagrante: la ciudad de Erossen había sido casi totalmente destruida por un incendio en el verano de 1708, y el rey dispuso que, además de otros socorros, se diera á sus habitantes la suma de 70.000 thalers imperiales que debían tomarse de la caja para incendios fundada algunos años antes. Al ir á cumplir esta disposición, hallóse la caja vacía, á pesar de que el conde Wittgenstein había administrado con severo rigorismo la nueva institución y aun apelado á medios violentos para obtener los seguros: los caudales que debía contener habían sido gastados en otras cosas, así es que no obstante la régia concesión fueron inútiles todas las súplicas de la ciudad incendiada. A fines de diciembre de 1710 el conde Wittgenstein fué encarcelado y todos sus actos como funcionario público sometidos á una rigurosa investigación, siendo al fin desterrado de Prusia no sin antes haber tenido que pagar una multa de 24.000 thalers. También el conde de Warttemberg fué destituido de todos sus cargos y expulsado de la corte, con gran sentimiento personal del rey que le profesaba cariñosa amistad, si bien con él se procedió en forma más benigna, ya porque fuese menos culpable, ya porque hubiese procedido con más cautela. La opinión pública, sin embargo, afirmaba que los dos dignatarios destituidos habían acumulado inmensas riquezas y sabido ponerlas á buen recaudo.

La caída de ambos ministros decidió naturalmente de la suerte de Luben y de sus planes de reforma. El mismo, que por muchas causas puede ser considerado como un ideólogo honrado y de buenas intenciones, sucumbió ante el odio de los muchos enemigos que se había creado, siendo destituido y perseguido por la justicia como «vagabundo,» por haber logrado huir del país, y confiscados todos sus bienes. Los trabajos que bajo su dirección habían comenzado á practicarse para la implantación de las enfiteutas fueron suspendidos, volviéndose al antiguo sistema de la explotación de los bienes del Estado por medio de los arrendamientos temporales, con lo cual, como se comprenderá, no se hizo más que aumentar la confusión ya existente. Durante los últimos años del monarca mejoró algo la situación, pero la salvación completa era imposible por el camino que el rey había emprendido (2).

De suerte, pues, que aquella intentada reforma, inspirada en parte en ideas buenas y justas y que mejor ejecutada en tiempos menos revueltos hubiera podido ser el principio de importantes progresos, tuvo un éxito desgraciado, si bien no dejó de ejercer cierta acción purificadora y fecunda. La catástrofe de 1711 entrañaba en primer término una enseñanza eficaz que no fué desperdiciada, cual era la de que ese Estado no podía ser gobernado por palaciegos, sino únicamente por una monarquía robusta y convencida de su propio valer y servida por funcionarios leales, probos é infatigables.

El gobierno del primer rey fué también de beneficiosos resultados en otras esferas de la vida pública nacional. La obra de la colonización interior, que tanta importancia tenía

(2) Acerca de este episodio véase especialmente la relación que inserta Ranke en su *Historia de Prusia*, pág. 463, tomándola de un trabajo inédito de Riedel. Véanse también Stadelmann: *Federico Guillermo I fomentando la agricultura de Prusia* (Leipzig, 1878), pág. 12; Isaacsohn: *Historia de la burocracia prusiana*, tomo II, pág. 294.

para Prusia, fué por aquel monarca fomentada con perseverante celo. Además de la corriente de emigración de hugonotes franceses que no cesó un punto durante su reinado, hallaron nueva patria en el territorio prusiano los waldenses piamonteses, los fugitivos del Palatinado, los walones y los labradores emigrantes de Suiza, que se establecieron principalmente en la Marca y en la Prusia oriental. Los comienzos de la colonia de los menonitas en esta parte de Prusia datan de aquella época (1). A pesar de los largos años de guerra y de las terribles calamidades que pesaban sobre el país, especialmente sobre las provincias del Este asoladas por la peste y arruinadas por las malas cosechas, la población en conjunto había aumentado y los ingresos del Estado habían subido de dos y medio á cuatro millones de thalers.

La historia del ejército prusiano durante el reinado de Federico I contribuyó en primer término á la gloria de este monarca y de su gobierno, y aun cuando no era propiamente una guerra prusiana aquella en que el ejército de Prusia cosechó los laureles de Höchstädt, Turin y Malplaquet, para sus tropas fué la mayor fama. De 30.000 hombres que contaba el ejército al morir el Gran Elector, había aumentado hasta cerca de 50.000, y el ejército «real prusiano» comenzaba entonces á desenvolverse como institución militar homogénea. También es digna de mención la característica tentativa de crear al lado del ejército regular y como institución permanente una «milicia provincial» compuesta de 10.000 hombres (número que podía elevarse al doble en caso necesario) y que dividida en cuatro «regimientos nacionales» debía ser utilizada para la defensa de las fronteras y de las fortalezas existentes en todos los territorios comprendidos entre el Vístula y el Rhin (2). Esta tentativa no pudo realizarse y Federico Guillermo I desistió muy pronto de ella; pero de todos modos demuestra que el gobierno del primer rey tenía sobre este punto pensamientos é impulsos de gran importancia.

A Federico I no había de serle dado, sin embargo, encontrar el hilo de Ariadna que le permitiera hallar una salida salvadora en aquel laberinto de la gran política cuyo exámen vamos ahora á reanudar.

Desde que en 1711 los aliados del Norte invadieron la Pommerania y Mecklenburgo, destruyendo con ello el sistema alemán de neutralidad, la situación del Estado prusiano se hacía cada vez más penosa, y mientras los daneses y los polacos revelaban en conjunto su poca utilidad, cada día adquiría más colosales proporciones la amenazadora superioridad de fuerzas de la invasión rusa en los territorios costaneros del Norte de Alemania, de continuo robustecida por nuevos refuerzos. «Estamos, por decirlo así, á merced del czar,» escribía en abril de 1712 Federico I, el cual inmediatamente después de penetrar en Alemania los aliados llamó á algunos batallones prusianos de los que estaban en los Países Bajos y los hizo ir á la Marca con el objeto de no verse completamente indefenso: esta medida, que en poco modificaba su situación, no hizo más que producir descontentos en Viena y en Praga; pero la verdad es que adoptar en aquel entonces una medida radical, es decir, llamar á Prusia á todo el ejército, era de todo punto imposible dado el estado en que las cosas se encontraban en aquellos momentos en el teatro de la guerra del Oeste, máxime cuando se acababa de tener noticia de los preliminares de paz entre Francia é Inglaterra (3).

(1) Beheim-Schwarzbach: *Colonizaciones de los Hohenzollern*, pág. 99.

(2) Para mayores detalles sobre esto véase *El sistema militar Brandenburgues-prusiano*, 1440, 1640, 1740, de Gansauge, pág. 204.

(3) Véase más arriba.

Durante el año 1712 desenvoliéronse los posteriores planes guerreros de la coalición del Norte contra Suecia. A cargo de los daneses corría el ataque del ducado de Bremen y de su capital Stade, mientras que los rusos y los polacos quedaban encargados de conquistar primero Stralsund y poner luego sitio á Wismar y á Stettin. En las conferencias previas por todos ellos celebradas se habían trazado toda suerte de planes para el reparto del botín: el rey de Dinamarca acariciaba la idea de apropiarse no solo Bremen, sino también, en todo ó en parte, Verden, Wismar y la isla de Rugen; pero el elector Jorge Luis de Hannover tenía sus pretensiones sobre Bremen y Verden, para el caso de que estos dos principados hubieran de cambiar de señor, y por de pronto ocupaba Verden á pretexto de tener allí establecido un cordón sanitario. El rey Augusto de Polonia tenía, como de costumbre, vastos planes sin que en el fondo de los mismos surgieran grandes empresas: todavía no renunciaba, ni mucho menos, á Livonia y además le parecía muy apetitosa la Pommerania, aunque tuviera que dar parte de ella á Prusia. El czar Pedro se mostraba reservado en sus deseos; mas lo cierto era que ocupaba Livonia, que hacia cada día mayores progresos en Finlandia y que en la Prusia occidental poseía la importante ciudad de Elbing y cobraba crecidas contribuciones á los habitantes de Dantzig. Además, y esto era lo principal, era de todos los aliados el que tenía en Pommerania el ejército más fuerte, y siendo esto así, si conseguía apoderarse de Stralsund y de Stettin, ¿quién sería capaz luego de arrebatarse estas plazas?

A todo esto, solo incidentalmente se había hablado de que estos territorios fueran la esfera natural de poderío y engrandecimiento del Estado prusiano, cuyo monarca, Federico I, no se daba punto de reposo en sus negociaciones con todo el mundo. El apoyo de Federico hubiera sido de gran valía para el czar, sobre todo por el buen número de cañones que tenía para los sitios proyectados; pero el soberano ruso no hizo ninguna proposición satisfactoria en calidad de compensación de estos servicios, pues ni siquiera se ofreció á evacuar Elbing. Al mismo tiempo estaba Federico I en tratos con el gobierno sueco, pues en Berlín no se consideraba imposible un renacimiento del poderío de Suecia y la cuestión estaba en ver si ese cambio era tal vez el más deseable enfrente del sospechoso engrandecimiento del poderío ruso en la Alemania del Norte. El gobierno sueco estaba haciendo activos armamentos y no era posible adivinar si en el próximo choque entre rusos y suecos se reproduciría la jornada de Narva ó por el contrario la de Pultawa; pero, lo propio que el czar, Suecia no quería hacer concesión alguna á Prusia, y antes bien rechazó con natural desconfianza la proposición de Federico que pretendía le fuese cedida Stettin para guardarla en depósito y evitar que cayera en poder de los rusos.

En medio de esta confusión diplomática transcurrió la campaña de 1712. Mientras los rusos y los polacos comenzaban el sitio de Stralsund, los daneses pasaron el Elba á fines de julio, penetraron en el ducado de Bremen, en donde los suecos tenían muy escasas fuerzas, y se presentaron delante de Stade, cuya plaza hubo de capitular á las pocas semanas (16 de setiembre), obligando al rey de Dinamarca á los Estados del país á que le rindieran homenaje.

Pero el ataque que los rusos dirigieron contra Stralsund no adelantó un solo paso en todo el verano no obstante haber el czar Pedro en persona permanecido algún tiempo en el campamento y dirigido las operaciones del sitio. La ciudad se defendió heroicamente y á los rusos les faltaba artillería de grueso calibre para rendirla. En setiembre llegó allí al fin la escuadra danesa para ayudar á los sitiadores; pero

era tarde: porque entretanto, los suecos habían terminado sus armamentos y en 25 de setiembre de 1712 el general Steenbock, al frente de grandes masas de infantería, desembarcó en la isla de Rugen amenazando al ejército sitiador de Stralsund. El ejército ruso-polaco al mando de Menschikow evitó la acometida y levantando el sitio se retiró por el Peene hacia el Oder, en donde otro ejército ruso tenía sitiada á Stettin con el mismo escaso éxito.

De repente los suecos tomaron nuevamente la ofensiva: desde Stralsund, libertada ya, Steenbock avanzó hacia Mecklenburgo contra los daneses. Aquel general, obedeciendo las instrucciones recibidas, debía encaminarse á Polonia, en donde debía reunirse Carlos XII que proyectaba entonces penetrar en aquel país al frente de un ejército de tártaros (1). Inmediatamente acudió en auxilio de los daneses un cuerpo de ejército sajón-polaco mandado por el general Flemming que desde el Peene y pasando por Gustrow se dirigió donde aquellos se encontraban; pero antes de que ambos ejércitos pudieran unirse cayó Steenbock sobre el de los daneses y en 20 de diciembre de 1712 los derrotó por completo en la batalla de Gadebusch. Los vencidos huyeron hacia Holstein seguidos de cerca por Steenbock, el cual á su vez era perseguido por el grueso de las fuerzas ruso-polacas. La guerra, pues, penetraba en el Holstein revistiendo los caracteres de una cacería salvaje que se reveló desde luego en el incendio de Altona por los suecos.

Los acontecimientos posteriores no correspondieron á los primeros éxitos de Steenbock, el cual, obligado á retroceder cada vez mas, acabó por retirarse ante la superioridad de las fuerzas ruso-danesas poniéndose al amparo de los cañones de la plaza fuerte de Tonningen perteneciente al duque de Gottorp que en aquella lucha permanecía en actitud neutral. En ella permaneció algún tiempo, pero al fin hubo de capitular en 20 de mayo de 1713 con el resto de su ejército, que se componía entonces de 11.000 hombres, entregándose como prisionero de guerra (2).

El poderío de Suecia tenía sus días contados.

El último ejército de campaña sueco á las órdenes de Steenbock había hallado su perdición en el callejón sin salida de Tonningen, y el rey Carlos XII, que se internaba cada vez mas en territorio turco, tuvo precisamente entonces grandes altercados con el sultan y fué reducido á prisionero como huésped molesto. Las armas aliadas vencedoras eran dueñas de todo el litoral del Norte, desde el Vístula hasta el Elba, exceptuando unas pocas fortalezas sueco-alemanas que no habían podido ser tomadas y el territorio del Estado prusiano que aun se mantenía neutral.

Dos sucesos habían acaecido en tanto que ejercieron gran influencia en la marcha de los acontecimientos: uno, el fallecimiento de Federico I de Prusia ocurrido en 25 de febrero de 1713 y el advenimiento de su hijo Federico Guillermo I al trono; y otro, la paz de Utrecht firmada en 11 de abril de aquel mismo año.

CAPITULO II

FIN Y RESULTADOS DE LA GUERRA DEL NORTE

Dejando para mas adelante el estudio que intentaremos de la importante personalidad del nuevo rey de Prusia, Federico Guillermo, de su modo de ser y de sus actos, diremos

(1) Droysen, tomo IV, pág. 430, segun la relacion del embajador prusiano Eosander, enviado á Bender cerca de Carlos XII.

(2) Acerca de toda esta campaña de Steenbock en Holstein y Schleswig, sobre la cual se han sostenido muchas y complicadas polémicas, véase el minucioso estudio de Koser: *La catástrofe de Suecia en Schleswig-Holstein en el año 1713* (Revista para la Historia de Prusia, tomo XII, pág. 529; tomo XIII, pág. 625).

ahora solamente que su aparición marca una fase de gran trascendencia en el curso de la guerra del Norte. A la política prusiana de 1713 no se debió exclusivamente, como algunos han dicho, que la cuestion del Báltico tuviera en vez de una solucion ruso-danesa-polaca, que despues de la caída del poderío de Suecia parecia hartamente modesta, otra en la cual fueron regularmente atendidos los intereses alemanes; pero de todos modos contribuyó en buena parte á este resultado.

Federico Guillermo no inauguró su política exterior con un cambio radical de sistema como lo hizo en el terreno de la vida interior del Estado. Cuando el czar Pedro, poco despues de muerto Federico I y de regreso de la campaña de Holstein, se detuvo unos días en Berlin y trató de conseguir del jóven monarca que se decidiera rápidamente á entrar en la alianza del Norte, Federico Guillermo se negó á ello resueltamente diciendo que ante todo necesitaba un año para arreglar el ejército y la hacienda (3). Pero cuando regresaron de Bélgica los regimientos prusianos templados en una lucha en la que habían tenido que sostener batallas muy distintas de las hasta entonces sostenidas por los rusos, daneses y polacos; cuando el rey procedió en seguida á reforzar el ejército y ya en el primer año puso en pié de guerra siete nuevos regimientos, todas las potencias interesadas en las cuestiones que se ventilaban hubieron de convencerse de que en el círculo de la política septentrional había surgido un poderoso y exigente factor con el cual había de contarse en lo sucesivo. Habían pasado ya aquellos tiempos en que Prusia hacia política sin ejército y en su impotencia tenia que sufrir que no la hicieran caso.

Sin embargo, nadie podia presumir que el nuevo monarca prusiano se introdujera en los complicados asuntos del Norte con un programa de conquista perfectamente combinado, ni que la expulsion de los suecos del territorio alemán y la union de Pommerania y Prusia fuesen el objetivo claramente vislumbrado y desde un principio firmemente perseguido de su política. La posibilidad de esto no se vió sino muy poco á poco: Federico Guillermo necesitaba ante todo tantear el terreno y avanzar con mucho tiento á fin de tomar posiciones entre los beligerantes, y la política de sus primeros tiempos se diferenció aparentemente bien poco de la de su antecesor; únicamente en el fondo de cuanto hacia ó dejaba de hacer se veía un ejército prusiano pronto á ponerse en marcha. Pero al rey le costaba mucho dar esta orden de marcha, como le costó aun mas tarde durante toda su vida militar, sí, pero poco belicosa. «Soy un jóven principiante (*un jeune commenceur*)— escribia aun en noviembre de 1713— y todavia no puedo emprender la menor cosa que necesite el empleo de la fuerza.»

Por de pronto Federico Guillermo no se sentia en modo alguno dispuesto á arrojarse ciegamente en brazos del czar, pues aun cuando desde hacia años vivia en las mejores relaciones personales con él y aun cuando Pedro había enviado como presente al amigo prusiano algunas compañías de fornidos y «arrogantes mozos» para su regimiento de Postdam, la corte de Berlin apreciaba en toda su importancia el peligro que entrañaba la creciente preponderancia de Rusia en el Norte.

Existia aun en el Norte una potencia que, si las circunstancias la favorecían, podia llegar á tener gran importancia: la casa de Holstein-Gottorp (4).

micas, véase el minucioso estudio de Koser: *La catástrofe de Suecia en Schleswig-Holstein en el año 1713* (Revista para la Historia de Prusia, tomo XII, pág. 529; tomo XIII, pág. 625).

(3) Droysen, tomo IV, pág. 43.

(4) Véase mas arriba.

El duque Federico IV, que se había casado con la hermana mayor de Carlos XII, había perecido en la batalla de Clissow (1702); seis años despues murió su esposa y entonces se hizo cargo de la regencia, en nombre del hijo, Carlos Federico, que era menor de edad, su tío el duque Cristian

Augusto, administrador de Lubeck. Ya por aquel tiempo se pensó seriamente en que el rey Carlos XII podia morir jóven y sin hijos, con tanta mayor razon cuanto que, hombre raro bajo todos conceptos, Carlos no tenia el aspecto de un padre de familia de estirpe régia, sano y de buenas costum-



Rudiger de Ilgen. Facsimile reducido del grabado, 1706, de H. J. Otto. Cuadro original de D. Richter

bres, que llega á viejo y deja al morir una sucesion numerosa, bastante para responder á todas las contingencias. En el caso de que Carlos muriera sin hijos, nadie con mas derecho que la casa de Gottorp podia aspirar al trono de Suecia. El regente-tutor del ducado, Cristian Augusto, y sobre todo su prudente y emprendedor ministro, el baron Jorge Enrique de Gortz, se hicieron muy pronto cargo de esta posibilidad y desempeñaron en las complicaciones del Norte un papel hasta cierto punto temerario y poco en armonía con los recursos con que entonces contaba el ducado. Ejemplo de ello

es lo sucedido cuando la mencionada expedicion de Steenbock á Holstein: la acogida del ejército sueco en la plaza de Tonningen, perteneciente á Gottorp, fué considerada en la corte danesa como una ruptura manifiesta de la neutralidad á la que contestó ocupando la mayor parte de los territorios del ducado. Obligado Steenbock á capitular y á entregarse como prisionero de guerra, los daneses prosiguieron el sitio de Tonningen resueltos á aprovecharse de tan favorable coyuntura para exterminar por completo al odiado enemigo.

Gortz procuró salir de aquella situacion difícil esforzán-